

«TRISTAN» DE THOMAS MANN

ENTRE la amplia creación de T. Mann y limitándonos a sus obras menores, una de las narraciones cortas más bellas, aunque quizás no la más difundida entre nosotros, sea *Tristán*.

Por su extensión se encuentra en una zona intermedia entre el cuento y la novela, los alemanes la encuadran dentro del género «novelle» y aquí la denominaríamos novela corta.

Su acción transcurre en un sanatorio de alta montaña «Einfried», y se nos describen las circunstancias y vivencias de los distintos pacientes, que allí se albergan, e igualmente de los doctores y enfermeras que los asisten. Naturalmente la primera impresión nos lleva a considerar esta obrita, como bosquejo anticipado de lo que sería una de las creaciones más famosas del escritor germano: *La Montaña Mágica*.

Pero con ser importante este hecho, no es éste el motivo principal que registra esta narración. T. Mann, según enuncia ya el mismo título, asume otra vez el mito de Tristán, y le insufla una nueva vitalidad, cuando todo daba a entender, que sus posibilidades se hallaban ya agotadas.

La leyenda de Tristán e Isolda, que conmovió a la E. Media a través de las versiones francesas de Beroul y Thomas, y en la parte alemana con Gottfried de Estrasburgo, constituye a no dudarlo la historia de amor más bella del mundo occidental, en la cual la pasión se magnifica en un conflicto desgarrado entre sentimientos y creencias y en donde el amor se arroga un fin en sí mismo, en una estimación ética, que rebasa incluso lo permisible, situándose más allá del bien y del mal, y cuya última y espléndida reposición culminaría con la ópera de Wagner.



A mí entender una de las claves para su comprensión es la conexión significativa que T. Mann intenta establecer entre palabra y música, con ventaja para esta última, y esto se advierte también en buena medida a lo largo de su actividad creadora, pues la música configura y condiciona el genio del artista.

Así soslayando sus grandes narraciones y muy especialmente *Dr. Faustus*, y concretándonos una vez más a algunas de sus celebradas novelas cortas, observamos en *La muerte en Venecia* que la sensibilidad artística de von Aschenbach se encuentra influida por la madre del escritor, hija de un director de orquesta bohemio. En *Tonio Kröger*, una de las más fascinantes, por no decir la mejor, nuestro personaje tocaba el violín, afición que heredó de su madre, una fogosa meridional que dominaba el piano y la bandolina.

En el caso que nos ocupa la señora Gabriel Klöterjahn, de soltera Eckhof, había realizado un matrimonio burgués de conveniencia con el comerciante al por mayor Klöterjahn de la firma: «A.C. Klöterjahn & Komp». Sin embargo el padre de ella que asimismo se dedicaba al comercio, se sentía sobre todo un virtuoso y tocaba el violín, afición a la música que transmitió a su hija, la cual practicaba el piano, de manera que con frecuencia padre e hija tocaban a dúo.

La señora Klöterjahn había llegado al sanatorio con la intención de curar de una afección de tráquea. Arrastraba también su existencia en el sanatorio un ser singular, extraño y solitario, llamado Detlev Spinell, de vocación y profesión escritor, quien intuyó enseguida la belleza lozana y juvenil de la recién llegada y se enamoró perdidamente de ella. Ahí se apunta ya una recreación del mito, con sus dos grandes protagonistas, el amor idealizado e imposible de Spinell por la señora Klöterjahn, quien no sólo parece corresponderle espiritualmente, sino que este mismo amor despierta en ella su instinto artístico, en estado latente tras su matrimonio.

El momento más representativo se alcanza, cuando con ocasión de una excursión en la que ambos no participan, se quedan solos en el sanatorio y es entonces, cuando él la invita a tocar el piano, a lo que ella se dispone, no sin cierta resistencia por el tiempo sin practicar, pero precisaba de la partitura y entre las varias por allí dispersas, encuentran una en consonancia con su aventura presente: el *Tristán e Isolda* de Wagner.

Creo que T. Mann consigue uno de los fragmentos más logrados, con aquel dominio estilístico que solo un gran poeta es capaz de conseguir, y ensaya una especie de contrapunto entre lengua y melodía, un marchar al unísono, un acomodarse al aire e intención de la ópera, de manera que palabra y música se resuelven en armonía y de acuerdo también con la pasión sentida de dos almas enamoradas.

Se necesitaría un conocimiento profundo de la «Deutschtum», de la lengua alemana para revelar toda la belleza que encierra este pasaje, mientras la pianista lucha con su pobre instrumento para recoger toda la riqueza orquestal.



«Was geschah? ¿Qué sucedió? Dos fuerzas, dos seres embelesados, que competían uno a otro en sufrimiento y felicidad y se abrazaban en un ansia loca y arrebatada de lo eterno y lo absoluto...! Oh desciende noche de amor! Dales aquel olvido que anhelan, envuelvelos en tu éxtasis y desátalos de este mundo de engaño y separación...».

Recojo tan sólo un breve trozo de esta inspirada página, que en mi opinión no tendría paragon, sino con la famosa descripción de la frase de la sonata de Vinteuil de Proust, quien precisamente la relaciona con el tema de Tristán. Y esta tensión, esta compasión del universo entero hacia dos seres que sufren, nos lleva de la mano a las correspondencias bodelianas, de forma que nuestro instinto de lo bello nos descubre en la naturaleza aquella consonancia en la que «Les parfums, les couleurs et les sons se répondent» preanuncio aquí en la tierra de la plenitud del más allá. El propio Baudelaire comentaba: «C'est à la fois par la poésie et à travers la poésie, par et à travers la musique que l'âme entrevoit les splendeurs situées derrière le tombeau».

Si la idea de lo bello se entiende unívoca y todas las artes confluyen en esta dirección, sería difícil establecer una primacía, y sin embargo posiblemente sea la música su culminación, síntesis y concreción de todas ellas, aquí viene a propósito el término alemán «dichten», condensar, concentrar, y de ahí «der Dichter» el poeta, el creador. Quizás la música las supera a todas, por su capacidad para remover las fibras más íntimas de nuestro ser, por su elevación espiritual y porque cuando la palabra llega a su límite, la música toma el relevo para expresar lo inefable, como diría Verlaine:

De la musique encore et toujours!

* * *

En este emotivo homenaje al llorado prof. Baquero me pareció que no estaría fuera de lugar estas sucintas reflexiones sobre el *Tristán* de T. Mann. Pocas personas habré tratado que tuvieran un conocimiento tan extenso y profundo a la vez, lo mismo de la Literatura que de la Música. Todos los días al terminar sus clases iniciaba su recorrido por librerías y casas de discos, porque quería estar al día de la última edición y de la más reciente grabación, de encontrarlas las compraba y ya en la paz del hogar las estudiaba, las analizaba y recreaba en ellas, y después aquellas vivencias sedimentadas las impartiría a sus discípulos en verdaderas lecciones magistrales. Porque conocía tan bien ambas materias, las amaba por igual y convencido de la indivisibilidad de la belleza, trató de armonizarlas en sus investigaciones y así la narración la contemplaba desde su perspectiva, como una suma de distintos movimientos que materializan una auténtica sinfonía, y en este sentido quiero recordar su precioso artículo: «Tiempo y «tempo» en la novela».

